

EL ECO LITERARIO.

LEGISLACION.

DEL MATRIMONIO.

ARTICULO 2.º

¿Cual es la intervencion que se deberia conceder á los padres en el matrimonio de sus hijos?

Los tiernos cuidados que nos prodigan los padres cuando nuestras débiles fuerzas no bastan á sostenernos, cuando nuestra mano ni accion tiene para llevar á la boca el necesario sustento; la solicitud que emplean en favor nuestro al principiar la carrera de la vida; los saludables consejos que nos precaven de la infinidad de peligros de que está sembrada la edad de las pasiones, y mas que todo el grito de la naturaleza cuyo eco resuena en nuestro corazon, son la mayor garantía de su interés, de ese interés que no se espresa, y que únicamente lo puede concebir el que ha oido una voz querida que le decia: «Padre mio.» Por eso la vez primera que una criatura humana siente agitarse su corazon con un estremecimiento suave, misterioso, es de amor por las personas de quienes recibiera el sér, y enlazados con este amor y como consecuencia de él se hallan el respeto y la obediencia que las debemos.

De esto que acabamos de manifestar, que tan sencillo es y que todos conocen, se deduce rigurosamente que al querer dar el paso mas gigante, al ir á hacer la eleccion del esposo con quien hemos de compartir nuestros goces y penalidades, eleccion de la cual pende nuestra felicidad ó nuestra desgracia, consultemos á nuestros padres, oigamos con cuidado las reflexiones que les parezca hacernos, y que las examinemos y las meditemos detenidamente en los instantes de calma, en que la pasion que acaso nos arrastre, deje libre nuestra inteligencia.

¿Pero deberá concederse á los padres la facultad de impedir que los hijos contraigan su matrimonio? Esta es la cuestion sobre la cual nos cumple manifestar nuestra opinion, y á pesar de las consideraciones que creemos debe todo hombre al autor de sus dias, no podemos menos de contestarlas en sentido negativo, pues tal es nuestra conviccion; pero tén-gase bien presente, que nuestro parecer es como hemos dicho, en el caso de que los casamientos se permitieran en una edad en que el sér humano hubiese ya llegado al completo desarrollo de todas sus facultades intelectuales: si antes se tolera es muy diferente nuestro dictámen, porque creemos que, en nuestra nacion supongamos, los padres habrian de hallarse

autorizados hasta que sus hijos se encontrasen en cierta edad para resistir é imposibilitar los matrimonios aun sin espresion de causa.

Vamos á esponer las razones en que nos fundamos para creer que en el primer caso deberia negarse la facultad de impedir los matrimonios de los hijos á los padres, y porque habria de otorgárseles en el segundo, sin embargo de que con los que nos permitimos en nuestro anterior artículo, se comprende fácilmente.

Cierto es que los padres no tienen mas deseo que procurar la felicidad de sus hijos; ¿mas podrán ser tan buenos jueces cual fuera menester para juzgar en esta causa? Nos inclinamos á dudarlo.

La felicidad no puede ser absoluta, es y será forzosamente relativa. Quien existirá, que poseyendo cuanto criara la mano de Dios, no veria satisfecha su desmesurada, su infinita ambicion, al paso que otro quizá cifre su ventura en un círculo bien reducido. El avaro caminando sin parar en pos de las riquezas consigue obtener los tesoros de Crespo, y no es todavía feliz, porque en su sed insaciable de oro corre y corre tras del imposible que sueña. El guerrero aventura su vida en el rigor de las batallas, goza casi en medio de la mortandad, y es feliz, completamente feliz, cuando vé orlada su frente con el laurel que su esfuerzo conquistará; por fin, la felicidad consiste en aquello en que cada hombre la funda.

Por eso el anciano padre, cuando se trata del matrimonio de su hijo, inquiere los bienes de fortuna que posee la persona con quien ha de unirse, las esperanzas de la familia, su rango, su posicion; al paso que el jóven enamorado, que vive en el objeto de su amor, ni aun se digna arrojar una mirada desdeñosa sobre todo eso, que califica de transitorio, perecedero y hasta despreciable. Véase porque pensamos que no son personas ni una ni otra bastante imparciales para decidir bien.

El hombre de edad madura no siente las tiernas palpitations de su corazon, que ha sido muerto, digámoslo asi, aplastado bajo el peso de los años, y si vuelve los ojos hácia sus juveniles dias, su pecho de hielo no le ofrece siquiera un recuerdo. El jóven por el contrario, particularmente si se encuentra inmediato á su desarrollo físico, tiene oscurecida la vista por la venda del amor, y no sé si diga que su razon se evapora en ciertos momentos por el fuego de la pasion que hace bullir sus ideas; pero este hervidero es calmado por la reflexion, y un dia llega en que el frio de la meditacion condensa esas mismas ideas que tiempo antes se evaporaban. Entonces pues, que todo puede verlo y en todo puede fijarse, es cuando creo que debe permitirse la celebracion de ese contrato, que es tambien mas que contrato, y entonces bien puede fiarse su porvenir á sí mismo, puesto que nadie como él se encuentra mas interesado, y nadie tampoco mas que él puede hacer una eleccion mas acertada.

Entre qué personas deberá consentirse la celebracion del matrimonio.

Dijimos en nuestro anterior artículo, que un hombre y una muger eran las personas únicas que deberian constituir un matrimonio; mas aun entre dos personas de diferente sexo parece que en algunas de ellas la misma naturaleza resiste su union. Tales son entre padres é hijos. Los cuidados, el mismo cariño paternal, parécennos incompatibles con el amor que debe ligar las voluntades de los esposos, y el respeto filial creo verle en pugna

con la confianza y con la igualdad de condicion que desearíamos en los casados. Por otra parte, si en la celebracion del matrimonio se requiere un consentimiento libremente emitido, y si los padres egercen el poder, la influencia que todos saben, ¿quién nos garantiza, que tolerándose el casamiento entre personas tan allegadas y colocadas en tan distinta posicion, no abusará el padre de esa potestad, y la hará servir de instrumento ruin de sus pasiones? El pensamiento de un matrimonio tal nos escandaliza, y creemos ver en él una cosa horriblemente maldita.

Otras razones igualmente fuertes y poderosas se oponen al casamiento de hermanos entre sí, sin que pueda detenernos al impugnar ese inmoral enlace, el ejemplo de algunos pueblos en que se permitiera y aun eficazmente se recomendára, en consideracion al casamiento en que su fanatismo creia de Osiris é Isis sus dioses.

El amor naciendo en el mismo seno de las familias despertaria los furrores de los celos, y allí donde el hombre despues del trabajo y de las inquietudes busca como una necesidad la paz y las consolaciones, allí donde cree en la dulce concordia poder borrar una arruga que las fatigas marcarán aquel dia en su frente, encontraria una lucha eterna y de maldicion.

Y si esta es concluyente razon según opinamos, no es otra de menos valía. La castidad de las mugeres que tan poderosamente atrae á los hombres, siendo otra de las cuerdas que le atan con un nudo suave, desde el momento en que se permitan los casamientos entre personas que habitan bajo un mismo techo, se nos aparece equívoca, la confianza huye, y un no sé qué nos aparta y nos repele, y nos hace mirar con cierta especie de horror el matrimonio.

Y no sin razon. Si quitamos ese dique que imposibilita el matrimonio entre los hermanos, ¡ay! la corrupcion naceria en algunas familias, y sus pútridos miasmas se estenderian, y bien pronto quedaria inficionado todo el cuerpo social.

Aunque circunscritos á puras generalidades, no nos atrevemos á ocuparnos en este artículo de la cuestion de divorcio, porque no nos lo permite el espacio de que podemos disponer en nuestro semanario: nos reservamos el tratarla para el número inmediato.

Pedro I. Miquel. —

A LA LUNA DE VALENCIA.

(Continuacion.)

Una muger alta, flaca, envuelta en una bata se apareció entonces. Llevaba en la mano una carta, y su fisonomía revelaba en aquel momento la sorpresa que le causó tan inesperado encuentro. D. Carlos se levantó, y saludándola respetuosamente, quedó en una posicion que daba á entender bien á las claras, lo poco gratos que le eran estos cumplimientos.

La jóven dijo entonces:

—Tia, este es el caballero que desea hablar con V., y como supongo serán asuntos de interés, permítame V. que me retire.

--Sí, retírate, querida sobrina.

Inés saludó, y ya se disponía á abandonar el campo, cuando D. Carlos la interrumpió diciendo:

--Quisiera que esta señorita estuviese presente á la conferencia.

--No veo en ello una necesidad, repuso Inés.

--Ni yo tampoco, añadió la que acababa de entrar.

Y al mismo tiempo hizo una seña á la jóven para que les dejase á solas.

Inés salió.

D. Carlos estaba atónito; queria hablar y no encontraba palabras: deseaba vivamente que esta conferencia pasára entre los tres, y no tuvo resolucion para insistir en su primer propósito. No era extraño. Tan lejos estaba de preveer este encuentro como la audacia con que Inés castigó su curiosidad, ó mejor dicho su indiscrecion.

Hay ciertas situaciones que se conciben mejor que se esplican. D. Carlos se encontraba en una de ellas. Estaba convencido de que su visita podia influir poderosamente en la suerte de aquella jóven, porque si bien no eran íntimas las relaciones de amistad que le unian, no obstante le daban derecho para hacerse escuchar con atencion. Con respecto á su tia, la carta que le entregó probaba suficientemente que no habia de salir tan mal parado, á pesar del recibimiento poco cortés á la verdad que hubo merecido del criado. Y sin embargo, como estaba muy lejos de creer que en dos meses se hubiese verificado una metamórfosis tan completa, enmudeció en la peor situacion.

Pero afortunadamente aquel embarazo duró poco, y D. Carlos mas re- puesto de su turbacion fue el primero en romper el silencio, desahogando su corazon, que á la verdad estaba fuertemente impresionado por lo que le acababa de suceder.

--No creia, señora, exclamó, que cuando un antiguo camarada se presenta en casa de sus amigos, mereciese un recibimiento tan brusco por parte de quien debe estarle profundamente reconocido.

--Supongo que eso no lo dirá V. por mí, contestó Estefanía, que no era otra la que estaba delante. Le acabo de dar á V. una prueba de lo muy grata que me es su visita.

--Usted se burla, repuso D. Carlos. ¿Ignora V. por ventura que nos conocemos mucho, que nuestras relaciones datan de muy antiguo, y sobre todo que mi venida tiene un obgeto enteramente distinto del que V. se figura?

--Con efecto, así lo indica esta carta.

--Que como hombre precavido la llevaba en el bolsillo, por si no tenia el gusto de encontrar á V. ó no estaba V. visible para sus amigos, añadió por via de paréntesis, como ha sucedido. ¡Válgame Dios, señora! exclamó: ¡quien pudiera creer que tan repentina mudanza fuera causa de cometer V. un pecado imperdonable! ¡Oh! sí, sí, imperdonable, por cuanto prueba la mas marcada ingratitud.

--Suplico á V. abandone ese terreno, y vaya directamente al alma del negocio.

--Sea como V. quiera, contestó D. Carlos cruzando una pierna sobre otra y columpiándose en su silla; pero con una condicion. ¡Oh! es muy justa, y sin ser indiscreto tengo derecho, y derecho muy reconocido. Vamos, mi antigua amiga, dígame V. como de la noche á la mañana la encuentro á V. trasformada en una condesa, ó duquesa.... y á la bella

y hermosa Inés en la mas amable sobrina de la tierra. ¡Oh! los criados de V. al menos así lo indican.... no tema V. que yo revele este secreto; sabe V. muy bien que soy depositario de otros de mas importancia, y sin embargo no han salido de mi pecho.

La vieja no respondió á esta interpelacion. D. Cárlos que en este momento se solazaba en el martirio de su víctima continuó:

--¿Ha cumplido religiosamente su palabra D. Hipólito? Si es así, doy á V. por mi parte la mas cumplida enhorabuena, y deseo á V. y á su encantadora sobrina la mas completa felicidad. ¡Qué! ¿no responde V? continuó, viendo el silencio de la interpelada. ¿Le disgusta acaso el recuerdo de un hecho tan glorioso y tan positivo?

--¡D. Cárlos! murmuró entre dientes Estefanía, ó calla V. ó me voy.

--Eso no, querida, exclamó éste, jamás lo consentiré. ¡No faltaba otra cosa; irse V. en el momento que se va á empezar nuestra conferencia!

--Pues de fijo tomo esta resolucion si V. continúa burlándose de mí de una manera tan poco digna.

--No se enfade V., esto son nimiedades que no sientan bien á la verdad en una muger tan....

Y esto diciendo, le asestó una mirada tan penetrante, que la pobre Estefanía se turbó de nuevo.

--Vea V., continuó, que bien sientan esos rizos, que supongo serán postizos, porque al menos no los llevaba V. dos meses há, cuando habitaba en la casa, calle de.... y no es de creer hayan vuelto á salir en el momento de la trasformación.

--D. Cárlos, ¿quiere V. callar?

Y estas palabras las pronunció con tono tan suplicante, que logró desarmar á su contrario.

D. Cárlos dijo entonces para sí. ¡Oh! vieja maldita, ya te he hecho sufrir bastante la imprudencia de tu criado. De cierto que otro dia pasará sin articular una palabra.

Y mudando de tono repuso: Dejémonos de bromas y vamos á lo que interesa.

--¿Sabe V. que estoy enamorado?

--¿Usted? repuso la vieja.

--Sí señora, yo.

--¿Y quién es la dichosa que ha merecido tan singular favor? añadió con galantería.

--¿No lo adivina V?

--No.

--Usted se chancea.

--Repito que no.

--Es muy extraño: ¿ignora V. que es ese el obgeto de mi venida?

--Lo ignoraba pues.

--¡Ah! sí, repuso D. Cárlos con distraccion. Habia olvidado que en esa carta no hablo una palabra de amor. Sin embargo, decididamente estoy enamorado.

--¿Pero no quiere V. decirme quién es esa persona?

--Inés, repuso D. Cárlos con tono solemne.

--¡Inés! exclamó Estefanía en el colmo de la estupefaccion, ¡Inés! ¡mi sobrina!

--O su ahijada, mejor dicho, añadió aquel con maligna sonrisa.
La palabra ahijada descompuso por un momento la fisonomía de la vieja, pero queriendo llevar el fingimiento al extremo, añadió:
--Sí señor, Inés es mi sobrina.
--¡De veras!...
--Repito que Inés es mi sobrina.
--¡Ay! señora Estefanía, repuso D. Carlos en tono burlon, que no ha comprendido V. todavía la fuerza de aquellos versos,

Ayer maravilla fui

Y hoy sombra de mí no soy.

--No me gusta la poesía, replicó la vieja refunfuñando.

--Y sin embargo vienen estos versos como llamados del cielo.

Y mudando de tono continuó:

--Acabemos de una vez. He dicho que estoy enamorado de Inés, y quiero que ella me corresponda.

--Pero....

--No hay pero que valga. ¡Qué! ¿pretende V. acaso comulgarme con ruedas de molino? ¿No sabe V. que sé la historia de esa jóven tan bien como la de V? ¿Ha trascurrido por ventura un siglo desde que ella habitaba la guardilla de la calle de... y V. no era mas que una servidora leal de D. Hipólito? ¿No me conoce V. por ventura, ó es esta la primera vez que me vé? ¿Ignora V. acaso, que yo era otro de tantos que concurrían á su casa, y que fui el único que sostuvo el combate en aquella noche fatal que estuvo á punto de perdernos su imprudencia? ¿Quién fue el que se interesó mas por esa Inés, que V. se empeña ahora en ocultar?

Este ataque dejó tan mal parada á la pobre vieja, que no supo que contestar, y por toda respuesta murmuró algunas palabras tan incoherentes, que D. Carlos cortó la conversacion con otro ataque tan fuerte como el primero.

--No se empeñe V. en contestar, le dijo, porque se enreda V. mas todavía. Reconozca V. mi generosidad, cuando sin apelar á medios extremos, le digo en dos palabras el objeto de mi venida. ¿Quiere V. que desentendiéndome de todo, le haga asomar á V. los colores á la cara, recordándole hechos antiguos, y sobre todo el mas reciente que ha obrado en V. una mudanza tan repentina, una mudanza, que sorprenderá sin duda á todo el que no la conozca á V. hasta ahora? Conteste V., pues, en breves palabras, porque á fé no las tengo ya todas conmigo. Repito que estoy enamorado de Inés.

Este ultimatum hizo cambiar de resolucion á la vieja, asi que le respondió lo mejor que pudo.

--Pero bien, ¿conoce V., señor....

Esta espresion advirtió á D. Carlos que le respetaba todavía como en no muy lejana época.

--Ya he dicho que no quiero conocer nada.

--¿Pero cómo quiere V. que conteste si no sé como piensa Inés?

--Vamos, que sí.

--¡Oh! no, no se empeñe V., porque....

--Acabe V.

--Porque podría V. disgustarse, y en tal caso....

--Acabe V. le digo.

--En tal caso....

Y la vieja no se atrevia á continuar.

--¿Quiere V. concluir? repuso D. Cárlos con furia.

--En tal caso Inés no puede corresponder á V. porque....

--¿Por qué? ¿por qué? diga V.

--Porque está comprometida.

Al oír esto, D. Cárlos dió un brinco en la silla, y dando una patada que hizo retemblar el pavimento, exclamó fuera de sí:

--Eso es mentira, vieja maldita.

--¡D. Cárlos! murmuró ésta.

--Sí, mentira, y en prueba de ello va V. á sufrir un desengaño.

--¿Qué hace V? prorumpió Estefanía, viendo que este llevaba la mano al llamador de una campana.

--Saberlo de positivo.

Y al mismo tiempo se oyó el sonido de la campana.

--V. se ha perdido.

--Lo veremos.

Un criado apareció.

--Que se presente Inés, dijo Cárlos.

El criado permanecía todavía sin saber si cumpliría esta órden. Estefanía añadió entonces:

--Dí á mi sobrina que entre.

El criado desapareció.

--Ahora veremos, añadió el jóven, quien se engaña.

--Usted, replicó la vieja.

POESIAS.

ROUDOR DE LLOBREGAT.

POEMA EPICO EN TRES CANTOS.

CANTO PRIMERO.

(Conclusion.)

XXXVII.

Un golpe con la maza el turco dára
Que al fogoso corcel dejó sin vida,
Roudor lo evita, el arma resbalára
Por su adarga que en sangre está teñida;
Da un salto el catalan, y antes que alzára
Aquel infel su maza despedida,

Juzgando haber el triunfo en su vil mano,
Cráneo y turbante ruedan por el llano.

XXXVIII.

El vencedor sus ojos paseaba
Blandiendo aquella maza matadora,
Y entre el fuego contrarios mil buscaba
En que estrellar la rabia que devora
Su pecho, cuando en él fuerte se clava
Rasgando el peto flecha voladora,
Cae herido, su sangre á chorro salta,
Y con la vil del turco el suelo esmalta.

XXXIX.

Huye el infiel con miedo abandonadas
Sus tiendas, sus esposas y banderas:
Estas á la deshonra condenadas,
Al fuego que las quema las primeras:
Tiran unos las armas, á espoladas
Del caballo otros abren las caderas,
Juzgándose dichoso el que podía
Adelantar á quien le precedía.

XL.

Cansados de matar, y á la fatiga
Los que á la lid no ceden ya cejando,
A los sectarios de la fé enemiga
Van á tiros de lejos acosando,
Roger en vano anima, y les ostiga
Ora con ruegos, ora amenazando,
El cansancio á sus huestes vuelve malas,
Y el miedo da á los turcos grandes alas.

XLI.

Viendo lo cual Roger ya mas humano
Del incendio el botin salvar procura:
Su gente recogió, los que en el llano
Yacen heridos les consuela, y cura;
Da tierra bendecida al que es cristiano,
Y al turco da en las llamas sepultura;
Y manda al nuevo dia esté la armada
Para marchar á Cicico ordenada.

FIN DEL CANTO PRIMERO.

UNA BOTICA DE LUGAR.

— Una botica: este es, carísimo lector, el único objeto hácia el que debemos dirigir nuestras investigaciones, si pretendemos estudiar las costumbres dominantes en los pequeños lugares, á cuyos habitantes suele distinguírseles en las ciudades populosas con la frase *Señoritos del pueblo*, aplicada sin duda á aquellos que propiamente constituyen su parte mas selecta, ó como si dijéramos, á la aristocracia de ellos. Fijemos nuestra consideracion en la tras-tienda, ó sea en su laboratorio químico, pues en muchos establecimientos de esta clase ambas palabras son sinónimas, y en él encontraremos reunidos, tanto á los que aun no han pasado de la edad de las ilusiones, como á los que por su estado de senectud buscan ya las comodidades de una vida que ellos llaman de vegetacion.

No se encuentra en aquellos un liceo, un casino, un café, un establecimiento cualquiera de recreo en donde sus moradores puedan esplayar su espíritu, y distraer su imaginacion fatigada con el árduo y constante trabajo que su profesion les proporciona. La sociedad que en ellos existe, hállase sembrada para unos de invencibles obstáculos que los priva de las delicias de ella; para otros es patente imágen de tristes recuerdos cuya idea aumenta su penar; los mas miranse imposibilitados de obtener sus encantos, pues de ella los alejan los caprichos de su amada: ¿á dónde acudir? ¿qué remedio escogitar?

Larga es la vida del hombre, atendido el órden natural que gobierna esta gran mole llamada Mundo; en su incierto y penoso curso preséntansele mil y mil hechos, por los que conoce lo fragil de su ser, goces y privaciones, dichas y males, placeres y desgracias, fortuna y miseria todo lo observa, contempla y experimenta. La felicidad es transitoria, la desgracia deja en pos de sí tristes recuerdos. En el tránsito de uno á otro estado halla diversas circunstancias que le dicen y recuerdan el objeto de su creacion; abismante en lúgubres presentimientos; hácenle odiar muchas veces la existencia, otras anhelarla, unas sensaciones suceden á otras sensaciones. El morador de las ciudades populosas cuenta con innumerables recursos para endulzar las angustias de la primera, y aumentar el contento en la segunda; el habitante de un pueblo nada posee, nada tiene, nada encuentra donde le sea dable minorar la pena que le aqueja en su infeliz estado, ni tampoco nada que halague y acreciente el bienestar de su satisfactoria posicion. Una botica: este es el bello ideal de las ilusiones del dichoso: este el prodigioso antidoto que calma las ansias del miserable. Uno y otro tienen un derecho indisputable á las diarias y permanentes sesiones que en ella se celebran; derecho introducido por la repeticion de actos, cuyo uso inmemorial le ha reconstituido en términos, que ni aun su mismo dueño de él puede privarles por cuanto fuera eludida su demanda con solo la alegacion de la quieta y pacífica posesion en el goce de tan precioso derecho.

Penetremos pues en ella: desde luego preséntasenos el bueno del boticario, entretenido en preparar sus drogas, ó en contestar á las molestas interrogaciones de algun curioso, que á trueque de pasar el tiempo, se distrae en inutilizar cualquier aparato químico, mas que se presume

está analizando las partes de que consta. Si consideramos con espíritu verdaderamente filosófico el aspecto del farmacéutico, notaremos en él tratadas la gravedad, la honradéz, la paciencia, esta última cualidad en grado superlativo, y en verdad que no puede menos de ser así, pues en otro caso sería concebible un lugar que sustituyera á una botica. La glacial indiferencia con que mira las entradas y salidas de sus favorecedores demuestra el poco interés que le inspira la entrada de un nuevo personaje, quien por su parte se cree dispensado de saludarle, y prosigue su camino á la sala de sesiones.

Acompañémosle pues á ella; la concurrencia es numerosa; agitada la discusion. Toman parte solamente los ancianos, los padres de familia; una buena parte de los concurrentes permanece apática y silenciosa; su fisonomía revela la secreta lucha que mantienen y su indolente posicion el tédio que la conversacion les causa: ¿de qué pues se trata? sin duda ocupa la atencion del comité algun negocio de interés comun, cuya discusion es harto frecuente, en razon á que en estos pequeños congresos decide la votacion la ancianidad; asi es que no es difícil sorprenderles luciendo sus vastos y profundos conocimientos en materias económicas y rentísticas; en el análisis de esas grandes cuestiones promovidas y sostenidas con calor por los mas célebres economistas, cuyas opiniones pulverizan con los robustos y lógicos argumentos en contraposicion aducidos; de estas elévanse sus teorías á las regiones de lo ideal, improvisando leyes orgánicas que armonizarían la administracion en todas sus partes; recorren, presagiando con feliz acierto, el estado de los negocios públicos; la cuestion de Roma miranla resuelta de un modo satisfactorio; la de Sicilia no ofrece dificultades; la Francia conservará su libertad, etc. etc.; para todo hallan solucion, todo lo disponen, todo lo prevén. Interpélase sobre un asunto local, y todos se hallan enterados; quien opina de un modo, quien de otro; háblase mucho y de muchas cosas; singular y generalmente, con moderacion y con calor, bien y mal; mézclanse por aquello de entre *col y col*, etc., cuanto es susceptible de mezclarse, porque hay cosas que aun sin ser cuaresma no podemos mezclarlas los profanos, y de este modo mátanse las horas que es su único anhelo.

¿Y de amoríos? ¡Santa Gadea! ¡qué polvareda se mueve! ¡qué cisco! La conversacion se generaliza, adquiere vida y animacion: los viejos pónense sobre sí; los jóvenes toman la palabra; aquellos instan, estos hablan; todos hablan y quieren que se hable mas. ¡Qué descubrimientos! ¡qué verdades! ¡qué mentiras! Cada cual cuenta una nueva si la sabe, el que no la inventa: ¡á cuánto presta esta materia! es inagotable. Tigera en mano y á la lid; aqui hay paño que cortar. ¡Cuántos matrimonios se improvisan! ¡qué de episodios se cuentan! ¡qué hechos se narran! ¡qué cosas se dicen! ¡qué manifestaciones! ¡qué revelaciones! ¡qué... silencio... las doce.... cada mochuelo á su olivo, ó como si dijéramos á su casa, que la sopa está servida y no se espera á nadie: todos se ponen en alarma: no se concluye la frase comenzada porque el preopinante se espone á *quedarse debajo de la mesa*: márchanse todos; se aplaza la cuestion; no hay necesidad de señalar dia para continuar la discusion, por cuanto la sesion es permanente; asi que solo ansian terminar sus faenas gastronómicas para volver á gozar en el eden de sus delicias.—B.

FELIPE DE LUCHEX,

NOVELA ORIGINAL

escrita por D. Joaquín Barba de la Cuesta.

SEGUNDA PARTE.

(Continuacion.)

--¿Por qué razon?

--Porque si vos no hubieseis venido, esta caja tal vez se hubiera perdido, y esto habria causado la desgracia de alguno.

--La princesa me dijo que esta caja encerraba un secreto de importancia.

--En efecto, es un secreto que yo he guardado veintidos años.

--Comprendo, dijo Felipe que ardia en deseos de que Marmok le contase los pormenores de aquel misterio, en el cual jugaba él ignorándolo todo: esa Elena Caudier tendria algun desliz; creo que era amiga de la princesa.

--Sí, la princesa de Evoli la queria como á una hermana. ¡Ah! una hermana no hubiera hecho lo que hizo ella.

--En Madrid me ha hablado de la amistad que mediaba entre las dos.

--Ya os habrá contado, pues, lo que hizo para evitar que el marido supiese los amores de Elena con el español Olzona.

--No me contó todos los pormenores.

--Figuráos, exclamó el anciano Marmok acomodándose en la silla, que esa Elena Caudier, hija de un pobre droguero, entró desde muy niña á servir á la princesa, que entonces era niña tambien. Elena era muy hermosa, y no tardó en encontrar un hombre que se enamoró de ella, y que quiso hacerla su esposa, sin embargo de que este hombre pertenecia á la nobleza. Mil obstáculos se opusieron á la realizacion de este enlace, pero por fin el marques de Mernac triunfó de todos, y se casó con la jóven del pueblo. Seis meses hacia que estaban casados, cuando aquel recibió orden de salir con su regimiento para Italia, en donde la guerra contra los españoles habia comenzado á encarnizarse; pocos dias despues se presentó á verla un jóven español llamado D. Luis de Olzona, á quien Elena habia conocido en Nantes cuando estaba con Ana de Mendoza: este jóven era tan apuesto como valiente. Una secreta simpatia unia estos dos corazones que juntos habian crecido allá en Nantes: los mismos recuerdos conservaban los dos de aquella época venturosa, así fue que no tardó la pobre Elena Caudier en rendirse á los halagos de aquel nuevo amor. Yo era su criado de mas confianza, y un dia me dijo que la acompañara á Nantes, en donde estaba su amiga Ana. Obedecí, y salimos para dicho punto, en donde dió á luz un niño que se bautizó con el nombre de Juan. Al regresar á París encontramos en una posada un criado del marques de Mernac, el cual nos entregó una carta de su señor. Apenas leyó esta carta, su pobre esposa se encerró en un cuarto de la

posada donde nos habíamos hospedado. A la mañana siguiente entré en el cuarto y lo encontré vacío. Sobre una mesa había tres cartas; la una para Ana de Mendoza, la otra para mí, y la tercera era la que Elena había recibido la noche anterior del marqués de Mernac: abrí esta última y leí lo siguiente:—«Si esta carta llega á vuestras manos antes de salir de Nantes, podeis permanecer ahí, en donde sois necesaria á vuestro hijo. Si os encuentra en el camino, podeis volveros. Evitad que nos volvamos á ver en esta vida. Yo por mi parte salgo hoy mismo para Italia, de donde ya no volveré jamás.—El marqués de Mernal.”—No bien había yo acabado de leer estas líneas, cuando oí grande algazara en la posada, bajo al patio coriendo, y me encuentro con el cadáver de la pobre Elena Caudier, que algunos pescadores habían recogido. La infeliz, no pudiendo sobrevivir á su deshonra, se había arrojado al rio desde la ventana de su cuarto. Volvíme á Nantes, y le conté á la de Mendoza lo que había sucedido, despues de haberla entregado la carta que la pobre Elena había dejado escrita para ella.—Marmok, me dijo, es preciso que deis una prueba de lo que habeis querido á mi pobre amiga, encargándoos de ese niño que nos ha dejado: en esta carta me dice que os entregue todas sus alhajas y dinero para que podais criarlo ahora, y mas tarde darle una buena educacion. En la carta que dejó escrita para mí, me decia lo mismo, añadiendo, que si algun] dia se presentára á mí su padre D. Luis de Olzona, le entregase su hijo. Al dia siguiente partió Ana de Mendoza, y yo permanecí aun en Nantes dos años, al cabo de los cuales me vine á París con el niño, y aquí he permanecido hasta ahora.

Felipe oyó admirado la relacion que Marmok acababa de hacerle, y preguntó despues:

--¿Y el niño sabe quien es su padre?

--No.

--¿Y vive?

--¡Ah! se me ha habia olvidado deciros que el padre murió tambien.

--¿Murió?

--Un dia encontré á un caballero español amigo de D. Luis, le pregunté por él, y me dijo que le vió caer gravemente herido en una batalla que sostuvo contra los franceses, y que despues ya no supieron de él: esto hace que sucedió veintiun años.

--¿Con que ese jóven está solo en el mundo?

--El dia que muera yo se habrá quedado enteramente solo.

--La princesa de Evoli puede protegerle mucho, y traigo el encargo de conducirlo á Madrid en donde le espera un brillante porvenir.

--Mucho me alegraria que se fuese con vos, pero dudo que lo consigais.

--¿Por qué?

--Porque está enamorado.

--Y eso qué importa: yo tambien lo estoy, y sin embargo me he ausentado y he estado lejos de mi amada algun tiempo.

--No hará este lo mismo.

--¿Tanto la ama?

--Mas de lo que podeis pensar.

--¿Y esa jóven pertenece á alguna distinguida familia?

--Creo que sí.

--¿Vos sabreis su nombre?

- Lo ignoro.
- Vos tenéis derecho á exigirle que os lo diga.
- Eso mismo le he dicho; pero nada he conseguido. Ese amor ha trastornado su cabeza: por él ha dejado sus estudios; ha abandonado la universidad de Milan, en donde estaba estudiando con notable aprovechamiento, y se vino aquí: yo reprendí su conducta, y para evitar mis reprensiones se ha separado de mí, y solo viene una vez al mes á cobrar los sesenta escudos que le tengo asignados.
- ¿Y no sabéis donde vive?
- Creo que en la calle de la Ribierre.
- Está bien: mañana le buscaré allí.
- Marmok se levantó de su sillón.
- ¿A dónde vais? preguntó Felipe.
- A la cama.
- ¿Os sentís peor?
- He hablado mucho y no estoy muy bueno.
- Siento haber sido la causa de esta indisposición.
- Vos, hijo mio, no sois la causa, son los años. Tomad esa caja, y cuando volvais á Madrid os daré una carta para la princesa. Si veis á ese jóven, haced de modo que le obliqueis á ir con vos.
- Así lo haré, cumpliendo lo que la princesa me mandó.
- Marmok se dejó caer sobre la cama, y el pobre perro subió tambien á ella y se echó á los pies de su amo. Formaba aquello un grupo tan interesante que no dejó de conmover el corazón de Felipe, el cual cogiendo la caja se dispuso á partir.
- Quedad con Dios, buen hombre.
- Si veis á Juan, decidle que estoy malo, tal vez así venga.
- Una lágrima rodó por la mejilla del anciano.
- El perro dió un lastimero aullido.
- Decidle, añadió el anciano, que he concluido mi misión en la tierra; que su madre me encargó que cuidase de él, y que al ir á reunirme con ella, quisiera llevarle buenas nuevas de su hijo.
- Descansad, Marmok, yo haré que venga.
- Esto dicho, bajó la escalera y salió á la calle en donde le esperaba el herrero.
- ¡Qué tal! ¿qué os ha parecido?
- Es un hombre honrado. Subid y no le abandonéis, porque está muy enfermo.
- Dicho esto Felipe echó á andar, interin el herrero subia á ver á Marmok,

LICEO.

El castillo de San Alberto ha sido la última función que la sección de declamación ha puesto en escena en la noche del lunes 26, en la que la socia de mérito Doña Josefa Valero desempeñó el papel de la condesa. Inútil es cuanto pudiéramos decir acerca del mérito literario de esta composición, despues de tantas veces como la hemos visto representar,

como un drama que figura en el escogido repertorio de las empresas. Las situaciones estremas en que el autor coloca á los personajes, interesan al público, y las aplaude, siquier los actores descuiden algo su cometido. No se crea por esto que la egecucion por parte de los sócios que tomaron parte en su desempeño la citada noche, dejó de ser esmerada. En su generalidad agradó, á pesar de lo colosal de los papeles. La Sra. Valero fue tan aplaudida como en las diferentes ocasiones que se la ha visto en nuestro teatro. La Sra. Martin de Llácer estuvo feliz en su papel de María y compartió los aplausos con la primera, lo mismo que su esposo y el Sr. Villegas en los de conde de Flavy el primero y Mauricio el segundo; Banquells agradó en el suyo de Meleo. Los demas señores completaron el cuadro. La concurrencia salió altamente complacida.

Baltasar.

Con el mayor gusto damos cabida al siguiente remitido, que en sentir de los señores firmantes, termina la cuestion sustentada en otros de que tienen conocimiento nuestros lectores, siendonos sensible que la abundancia de materiales haya diferido su publicacion hasta este dia.

REMITIDO.

Señores redactores del *Eco literario*.—Muy señores nuestros: Los profesores de medicina que abajo firman, han visto con desagrado la polémica inserta en los números 12, 16, 18 y 19 de su apreciable periódico, relativa á la ligadura de la arteria iliaca esterna, practicada por el doctor Romagosa en la clinica quirúrgica de esta facultad, cuyo language extraño no queremos calificar á fuer de verdaderos conciliadores.

Ya graduamos en su tiempo de estemporánea la iniciacion de esta cuestion, puesto que ampliamente se debatió su oportunidad ó inconveniencia en una solemne discusion pública ante un numeroso concurso de alumnos y oyentes, en la cual, con la mano en el corazon y la vista fija en un infeliz moribundo, emitió cada profesor sin rebozo su parecer con la madurez y copia de conocimientos que cumplia al caso, y á la posicion de los que en ella tomaron parte.

Público es que los Sres. Torres, Zuriaga y Coca entonces no se decidieron por la operacion, pero no opusieron una resistencia tenaz á su egecucion, puesto que los Sres. Romagosa, Armet, Carrion y Andrés mas confiados en los recursos del arte, todavia tenian esperanza mas ó menos remota de salvar al infeliz que tanto embargaba su atencion en aquel momento.

Si los datos que nosotros tenemos no son inexactos, reinó una armonia completa, á pesar de la diversidad de pareceres, tan comun en el egercicio de nuestra profesion en casos de tamaña gravedad, tan lógica si se atiende á la indole de la dolencia, á su estado adelantado y á la trascendencia de la operacion: asi es que mientras el Sr. Zuriaga sostenia con un artificio de aglutinantes, la débil valla que impedia una hemorragia mortal, el Sr. Romagosa se disponia á tomar el bisturi, invitado por el Sr. Torres, gefe de la clinica. Por fin hizo él la operacion; ¿qui cómo podía suceder otra cosa, cuando el Sr. Zuriaga tenia una conviccion íntima

de que el bisturí no era ya poderoso á salvar la vida del enfermo, demasiado comprometida por desgracia? ¿Cuándo, segun dijo en la cátedra, su conciencia le representaba, el éxito desgraciado de otro caso menos desfavorable segun su opinion, operado en las clinicas de París á su presencia? Pero en frente de su parecer habia otro no menos respetable, á su lado estaba un compañero, cuya conciencia tambien le dictaba que la ligadura era necesaria, urgente, era un medio único de salvacion aunque lejano. ¿Qué cosa pues mas natural que el bisturí fuera á parar á manos del Sr. Romagosa para conciliar todas las opiniones, que el Sr. Zuriaga estuviera á su lado durante toda la operacion manifestando con su presencia no que queria privar al enfermo de un medio de curacion sostenido por su digno compañero, dado caso que se hubiese equivocado en su parecer y pronóstico?

Así debieron pasar y así pasaron los hechos; esta es su significacion; darles otra es violentarlos, comprometer en importunas polémicas á dos catedráticos igualmente acreedores á que no se les envuelva en contiendas de esta clase, como tambien á la dignidad de la profesion, con cuyo título nos honramos hace algunos años.

Rogamos pues á los articulistas que se paren un momento á considerar á donde conduce el rumbo que el último comunicado ha iniciado; y si su caballerosidad es tal como tenemos derecho á creerlo, no volverán á tomar la pluma que en mal hora dejaron correr, y demostrarán con su silencio, el uno que sabe hacer el sacrificio de callar cuando el bien de la ciencia lo exige, y el otro que reconoce el peligro de obrar bajo las impresiones del momento.

Rogamos á VV. Sres. redactores se sirvan dar cabida á las precedentes lineas en el periódico. Valencia á 21 de marzo de 1849.—Vicente Peiró.—Antonio Suay.—Casto Castell.—Miguel Mendiola.—Vicente Serano.—Vicente Peña.—Leonardo Agustin.—Manuel Castany.

TEATRO.

REVISTA CRITICA.

LA MUTA DI PORTICI, *ópera seria en cinco actos del Mtro. Aubert.*

Cada nacion, cada escuela, cada género, cada génio imprime á sus obras un sello característico, que á través de las épocas de decadencia y renacimiento produce la variedad en la unidad, esto es, la historia de las bellas artes. Así la exaltacion del principio religioso, combinada con la singularidad del carácter español, grave y apasionado á un tiempo, produjo en nuestra patria una clase distinguida de maestros de capilla, gloria de nuestras venerandas catedrales; el conocimiento profundo de la teoria de la música y la energia intelectual de los alemanes, crearon una escuela, orgullosa con los grandes nombres de Haydn, Mozart, Gluck y Meyerbeer; y el instinto hácia todo lo bello en sus formas mas apacibles y graciosas, una lengua naturalmente musical, un clima suave y costumbres algo libres dieron por resultado la escuela italiana, tan sencilla en la for-

ma de sus cantos, como romántica y sentimental en sus deliciosas melodías. Pero entretanto ¿qué le sucedió á la escuela francesa? Sometida á las influencias del célebre innovador Gluck, y en continuo contacto con los primeros compositores italianos, tuvo que aceptar en cuanto le fue posible las mejoras y modificaciones que le impusieron dos géneos superiores: Mehul y Cherubini. De aquí resultó, que las óperas francesas pertenecieron desde entonces á cierto género misto, que utilizando con buen éxito é inteligencia los recursos del contrapunto y de la instrumentacion, coloca á la inspiracion y á la melodía en segundo término, cuando ellas son el alma de toda particion dramática. Efectivamente, el aparato de las formas sábias, el artificio de las fugas y el rigorismo de las reglas son á la ópera lo que el lirismo á la comedia: cosas muy buenas para leídas y analizadas, pero inútiles y aun perjudiciales para atraer y cautivar al público oyente y espectador.

Apreciadas en lo que valgan las anteriores observaciones ¿qué extraño es que no nos haya gustado *La Muta di Portici*, acostumbrado nuestro oído y nuestro corazon á la naturalidad y sublimes inspiraciones de las óperas italianas? A muchos hemos oído: «*La Muta* no tiene de bueno mas que la cavatina.» Sin embargo, algunos no sabian que esta cavatina era de *I Masnadieri*, era de Verdi, pertenecía á la Italia. Gracia, sentimiento, efecto, todo se halla reunido en la pequeña aria con que nos ha regalado, pese á los franceses, la Sra. Cattinari. No por ello se crea que *La Muta* es indigna del renombre de su autor; la sinfonía contiene aires bellisimos y una combinacion instrumental desempeñada con sumo estudio, para ir progresivamente atrayendo el interés hasta el brillante y hermoso *allegro*, recuerdo de la situacion culminante del drama. Este, despojado de algunos recitados en extremo débiles, interesa por la accion, demasiado conocida de todos para que nos entretengamos en reseñarla; la barcarola es sencilla, simpática, propia de la situacion; los coros en general contienen mas bellezas de armonía que pensamientos y rasgos melódicos; los aires que acompañan la accion pantomímica de *La Muta* expresan tanto como esta; en fin, pesado todo, la conocida celebridad de la ópera de Aubert se apoya mas en la historia, en las pasiones y efecto dramático, en la buena egecucion de los actores, y en el respeto que infunden los trabajos y nombre del autor, que en el conjunto indefinible de encantos, vulgares si se quiere, pero propios y característicos de la música italiana.

Prometimos escribir sobre el desempeño de nuestros cantantes, y es fuerza cumplirlo, mal que nos pese. La Sra. Cattinari interpretó bastante bien su linda cavatina y las pocas notas mas que tiene su parte; el señor Soler en el gran papel de Masaniello se mostró inferior á este tipo, puesto que ni su presencia, ni su accion, ni su gesto, correspondian siempre al carácter popular, vigoroso y audaz del pescador revolucionario; no obstante, en el duo con el Sr. Gironella ambos han logrado aplausos. Aquel barítono vistió con propiedad, y en sus ademanes y accidentes estuvo inteligente y propio: los coros no siempre afinados, los concertantes regulares, y la partitura en conjunto como las anteriores.

Esperamos juzgar pronto sobre nuestra escena la nueva compañía de declamacion compuesta, segun tenemos entendido, de las Sras. Valero, Danzant y Ortega, y los Sres. Revilla, Olaso, Ibañez y Jover, con otras partes secundarias. No se crea que olvidaremos nuestra divisa. Justicia, solo justicia, siempre justicia.